

*Sistemas de trabajo y estructura social:  
una comparación  
República Federal de Alemania-España*

A. FERNÁNDEZ STEINKO \*  
CH. KÖHLER \*\*

1. Alemania: el sector tradicional y las cualificaciones de oficio, motores del desarrollo industrial de la posguerra
  - 1.1. La reserva de fuerza de trabajo del sector tradicional
  - 1.2. El «Facharbeiter» y el desarrollo económico de la posguerra
  - 1.3. La fuerza de trabajo industrial hoy en Alemania
2. España: destrucción de la tradición industrial e industrialización desarrollista
  - 2.1. La utilización preferente de mercados de trabajo sin tradición industrial
  - 2.2. Desarrollo industrial sin desarrollo de las cualificaciones
  - 2.3. La fuerza de trabajo industrial hoy en España
3. Algunas conclusiones comparativas

La comparación de dos sociedades o de dos grupos sociales insertados en realidades históricas diferentes (o «cartografía social comparada») es un proceso complejo y arriesgado. Pero la internacionalización de la vida social y económica no sólo lo hace cada vez más necesario, sino que los estudios comparativos, además, permiten entender mejor la propia realidad social, determinar sus condicionamientos históricos originales y diferenciar entre fenómenos estructurales comunes a varias sociedades industriales de los fenómenos más particulares.

Este trabajo pretende aportar algunos argumentos e hipótesis referidos al origen, la evolución y el presente del trabajo y la clase obrera industriales en

---

\* Profesor de Sociología del Trabajo de la Universidad Complutense.

\*\* Especialista en Sociología Industrial.

la República Federal de Alemania (RFA) y España. Para ello se relacionan de forma comparativa los mercados internos y externos de trabajo en ambos países y se definen algunas diferencias y similitudes.

### **1. Alemania: el sector tradicional y las cualificaciones de oficio, motor del desarrollo industrial de la posguerra**

Hay dos factores fundamentales que explican la evolución de los mercados de trabajo externos e internos en la RFA en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Estos son, en primer lugar, la utilización progresiva de las reservas de fuerza de trabajo del sector tradicional-preindustrial y su incorporación al proceso de industrialización capitalista (2.1); y en segundo lugar la utilización sistemática de las cualificaciones para el proceso de industrialización y su reproducción por medio del sistema dual de formación profesional que combina y sanciona socialmente el desarrollo tanto de cualificaciones teóricas como de cualificaciones práctico-aplicadas (1.2).

#### *1.1. La reserva de fuerza de trabajo del sector tradicional*

En contra de lo que se podría pensar en una aproximación superficial a la historia de la RFA, por cierto nada infrecuente en España, en la década de los años 1950 una parte considerable de la población alemana vivía todavía inserta en estructuras sociales y laborales que se pueden denominar «tradicionales» o preindustriales. Las pequeñas explotaciones agrícola-familiares, los talleres artesanales, los pequeños negocios del sector servicios así como una gran cantidad de formas de producción e intercambio preindustrial dominaban una parte considerable de la estructura social alemana. Dentro de esta convivía el sector tradicional con un sector industrial. Este último había sufrido relativamente poco durante la Segunda Guerra Mundial y durante los últimos años de la contienda incluso había sido modernizado considerablemente (Huffschmid, 1980:44) <sup>1</sup>. En este sentido se puede afirmar que la sociedad de la posguerra alemana era (todavía) dual (Lutz, 1990). Según los cálculos de B. Lutz, en 1925 más de la mitad de la población alemana pertenecía al sector tradicional y en la década de los 50, este porcentaje todavía sobrepasaba el 40 % de la población activa (Lutz, 1984: 137) <sup>2</sup>. De este sec-

<sup>1</sup> La pérdida de capacidades productivas en la RFA ocasionadas por la Segunda Guerra Mundial no sobrepasó el 15,4 % de las existentes en las zonas del Oeste de Alemania en 1936. Sólo el 8,6 % son atribuibles a destrucciones durante la propia guerra y el 7,3 % restante al desmantelamiento de instalaciones por parte de los aliados (id.:44).

<sup>2</sup> Hay que tener en cuenta aquí las dificultades derivadas de las inexactitudes de los datos censales que no diferencian claramente, por ejemplo, entre población activa en el sector indus-

tor preindustrial —que englobaba tanto a las personas empleadas en los talleres artesanales del sector secundario, al pequeño comercio, la prestación de servicios domésticos y la agricultura tradicional— casi dos millones de personas pertenecían al sector secundario preindustrial (id. 136s.).

Los procesos de industrialización que siguieron a la Segunda Guerra Mundial llevaron a una rápida destrucción y reducción del sector tradicional liberando un considerable volumen de fuerza de trabajo dispuesta a trabajar pero también a consumir productos industriales (id.). La inmensa mayoría de estos nuevos trabajadores no sólo traían una gran versatilidad y un considerable nivel de cualificaciones prácticas de oficio, sino que, además, estaban acostumbrados a unas condiciones de trabajo relativamente duras, a largas jornadas laborales derivadas tanto de las formas de vida preindustriales como ocasionadas también por las necesidades impuestas por la reconstrucción del país en los primeros años de la posguerra. Los altos índices de desempleo y la afluencia adicional de trabajadores cualificados provenientes de los territorios del este (de la recién creada República Democrática Alemana y de los territorios alemanes que pasaron a pertenecer a Polonia y la URSS después de la II Guerra Mundial), explica la existencia de unos niveles salariales relativamente bajos en relación con la calidad, la motivación y cualificación de la fuerza de trabajo (Huffschmid, 1980; Piore/Sabel, 1990) <sup>3</sup>. Para las personas que se iban incorporando a la esfera de la producción moderna, el trabajo industrial representaba, por lo general, una oportunidad de mejora de las condiciones de vida. Los estratos sociales más bajos accedían así a un proceso de movilidad social ascendente generando el llamado «efecto ascensor» (Beck, 1986) como consecuencia del cual (casi) todas los estratos sociales consiguen subir un escalafón en la escala de la estructura social. Los sótanos y los pisos bajos empiezan a ser ocupados a partir de la década de los años sesenta por cada vez menos trabajadores alemanes poco cualificados y, sobre todo, por los emigrantes que se incorporan a los eslabones más bajos del mercado de trabajo, entre ellos, por cierto, los emigrantes españoles.

En aquellos años de la postguerra, los jóvenes incorporados a la producción industrial no tenían posibilidades económicas de disfrutar de largos períodos de escolarización más o menos largos ni de cursar estudios medios o superiores. Si bien la formación continua ocupa un lugar preferente en este modelo de industrialización (ver abajo), el proceso de selección de fuerza de trabajo empleada en la industria alemana no se producía en aquellos años de la posguerra siguiendo el criterio del nivel de formación reglada —que los obre-

---

trial-moderno y en el sector artesano-tradicional orientado a los mercados locales (Lutz, 1984: id.). Estos problemas estadísticos se agudizan considerablemente a la hora de analizar la situación del sector tradicional en España (ver abajo).

<sup>3</sup> Entre 1950 y 1960 el número de asalariados en la RFA aumentó en un 40 %, una parte considerable de los cuales eran trabajadores cualificados (Huffschmid, 1980; Piore Sabel, 1990).

ros recién incorporados a la industria todavía no tenían—, sino que era el origen y la procedencia social lo que determinaba, en la mayoría de los casos, la incorporación de los jóvenes al trabajo. La industria se nutría de los mejores efectivos provenientes de las clases sociales más bajas ya familiarizadas en muchos casos con las artes industriales y para los que el trabajo industrial representaba una forma de promoción social y de elevación del nivel de vida. Sobre todo a los obreros recién incorporados al mercado de trabajo, la industria no sólo les abría un futuro profesional sino, además, importantes posibilidades de formación teórica y práctica (sistema dual de formación profesional). Esta fuerza de trabajo sobreaundante y, en los primeros años relativamente barata, dotada de una considerable resistencia psico-física, una alta motivación en el trabajo y en parte también una cualificaciones y cultura de oficio constituye la columna vertebral del mal llamado «milagro económico alemán».

### 1.2. *El «Facharbeiter» y el desarrollo económico de la posguerra*

La segunda característica fundamental de los mercados de trabajo alemanes hasta nuestros días es la utilización sistemática de la cualificación profesional como recurso estratégico para el desarrollo industrial (Fernández Steinko, 1993; Köhler, 1994). El peso de la cualificación para el proceso industrializador alemán se refleja en la importancia del llamado «sistema dual» de formación profesional que combina la formación práctica en la empresa con la impartición de clases teóricas cofinanciadas por el sistema público de enseñanza (ver, por ejemplo, CECS, 1993:292). Por el sistema de formación dual pasaron directa— o indirectamente prácticamente todos los trabajadores industriales alemanes de la posguerra.

El sistema de formación profesional alemán ya llamó la atención en la Exposición Universal de 1851 (Becker, 1962). Por estas fechas sobre todas las empresas de transformaciones metálicas financiaban actividades formativas no sólo de adaptación a los procesos productivos específicos, sino también de cultura general (leer, escribir, matemáticas, dibujo técnico etc.) a cambio del compromiso del trabajador de permanecer en la empresa durante un tiempo determinado (id.). A partir de la segunda mitad del siglo XIX la formación dentro de las empresas se fue completando con la creación de numerosas escuelas politécnicas ampliándose así su contenido teórico y, por tanto, desvinculando aquella de procesos productivos y empresas específicos. A diferencia del sistema de formación basado exclusivamente en la cualificación práctico-aplicada, la formación recibida por el naciente proletariado industrial alemán dotaba al trabajador ya entonces de una considerable movilidad y prestigio sociales al estar menos ceñida a una empresa o un proceso productivo concreto <sup>4</sup>.

<sup>4</sup> El presupuesto estatal alemán era ya mucho antes de la Segunda Guerra Mundial más elevado que el de otros países europeos (Lozano Lejas, 1980).

La industria alemana de después de la II Guerra Mundial se pudo nutrir, por tanto, del trasvase de cualificaciones de oficio existentes en el sector tradicional después de la Segunda Guerra Mundial y sobre todo también de una valoración social considerable del trabajador industrial especializado («Facharbeiter») cuyo estatus y movilidad datan de los inicios de la industrialización. Esta «sobreoferta» de fuerza de trabajo cualificada en gran parte con tradición y cultura industrial, contribuyó a que la organización taylorista del trabajo —que se basa en el aprovechamiento sistemático de fuerza de trabajo no cualificada— no pudiera implantarse en Alemania como en otros países (Piore/Sabel, 1990; Kohler, 1994). La estructura industrial del país se fue adaptando al aprovechamiento de esta fuerza de trabajo dando pie a la expansión de sectores basados en la fabricación de pequeñas series de productos complejos en los que la calidad y la innovación tienen una gran importancia (maquinaria y equipos mecánicos, equipos científicos, equipos eléctricos, etc.) pero que requieren estructuras organizativas con bajos niveles de división del trabajo. Incluso las empresas pertenecientes al sector más «taylorizado», el del automóvil, no llegaron a parcializar el trabajo de la misma forma que, por ejemplo, las empresas norteamericanas del sector, con el fin de adaptar los puestos de trabajo a los altos niveles de formación ofertados por los mercados externos de trabajo (Köhler/Grüner, 1989). La apuesta por la utilización de una fuerza de trabajo poseedora de cualificaciones prácticas y teóricas sancionadas socialmente, es decir basada en la «profesionalidad del trabajo industrial» (Pries, 1987) explica, también, la existencia de una mayor movilidad funcional, entre empresas y regiones que en otros países occidentales (Köhler/Grüner, 1989).

### 1.3. *La fuerza de trabajo industrial hoy en Alemania*

Los procesos de capitalización (crecimiento económico e industrial) llevaron, especialmente a lo largo de la década de los años sesenta, a la desaparición del sector tradicional como fuente de suministro de fuerza de trabajo industrial. A medida en que los salarios en el sector servicios fueron creciendo, aquellos trabajadores que fueron ingresando en empresas industriales ya no eran los mejor preparados y motivados sino aquellos que, por su menor capacidad o éxito en la escuela, no encontraban empleo en otros sectores. El trabajo industrial perdió así su carácter de medio de movilidad social ascendente para los asalariados. El intento de cubrir la demanda de fuerza de trabajo con emigrantes extranjeros provenientes de entornos sociales preindustriales motivados y dispuestos a trabajar en condiciones relativamente duras, se inserta exactamente en este agotamiento de las reservas interiores de fuerza de trabajo dispuesta a incorporarse voluntariamente al trabajo industrial (Köhler/Grüner, 1989). La dinámica de reclutamiento de fuerza de trabajo

extranjera termina a mediados de los setenta como consecuencia de la crisis económica, pero esta crisis no hace disminuir, por contra, la demanda relativa de fuerza de trabajo industrial cualificada sino que, por el contrario, ésta se agudiza a lo largo de los años ochenta como consecuencia también de la evolución demográfica en la RFA que se refleja en una reducción drástica entre 1985 y 1995 de la demanda de puestos de trabajo de aprendices en empresas industriales alemanas (Köhler/Grüner, 1989:49).

Esta reducción de la oferta de fuerza de trabajo industrial cualificada puede tener dos consecuencias. O bien puede llevar al abandono de la estrategia basada en la utilización sistemática de fuerza de trabajo cualificada y, en consecuencia, a la revisión también de la organización de las empresas en el sentido de una profundización del control directo e indirecto y de la división del trabajo. O bien se mejoran las condiciones de trabajo en las empresas con el fin de hacer más atractiva y motivante la actividad laboral en la industria y poder captar a los segmentos más preparados de la población activa. Lo primero erosionaría considerablemente un pilar fundamental del modelo de producción alemán basado en la innovación, la flexibilidad cualitativa y la calidad y llevaría, además, a un creciente desclasamiento de la clase trabajadora industrial. Lo segundo podría llevar a una consolidación de este modelo de producción, elevando —otra vez— el valor y el reconocimiento social del trabajo industrial.

## **2. España: de la destrucción de la tradición industrial a la industrialización desarrollista**

El patrón de industrialización español tiene puntos en común pero reviste también considerables diferencias con respecto al alemán. Si bien antes de la II Guerra Mundial en Alemania ya más de un 40 % de la población activa trabajaba en el sector secundario (industria y construcción), este porcentaje ascendía en la España de antes de la Guerra Civil a más del 30 %, lo cual nos es un porcentaje nada despreciable si tenemos en cuenta que Alemania era por aquel entonces uno de los países más industrializados del continente (Geißler, 1992; del Campo, 1992). A diferencia de lo que han venido sugiriendo algunos estudios históricos de la Segunda República, la sociedad española del período republicano no estaba, por tanto, mayoritariamente empleada en la agricultura, sino en el sector industrial y en el sector de los servicios. De hecho, como está demostrando recientemente la historiografía económica, a lo largo de los años veinte y treinta se generó en España una considerable dinámica de industrialización y terciarización autocentrada que llevó a una rápida reducción de las distancias con respecto a la estructura económica de otros países europeos (Tortella, 1994; Carreras, 1994). Lo importante de esta dinámica industrializadora es que se produjo sobre la base

del crecimiento de las industrias de bienes de producción, es decir, a costa de las industrias de bienes de consumo y aprovechando las reservas de cualificaciones acumuladas a lo largo de los siglos en el sector artesanal-preindustrial.

Si cruzamos los datos de Thomas (1979) y las cifras proporcionadas por Tortella (1994) se puede afirmar que en la década de los años treinta, existían en España unos 500.000 obreros artesanos. Estos representaban aproximadamente el 30 % de los trabajadores del sector secundario sin incluir el sector de la construcción. Teniendo en cuenta que la inmensa mayoría de los empleados en el sector del comercio desarrollaba su actividad en el pequeño comercio tradicional, podemos sumar a este medio millón la mayor parte de los 608.000 empleados en el sector del comercio y a una parte de los 360.000 empleados en el sector del transporte y la comunicación. Todo ello nos hace suponer que en el sector secundario y terciario el número de personas empleadas en el sector tradicional podía llegar al millón y medio de personas, es decir, un 43 % del total de la población activa solamente en estos sectores, es decir, sin contar el sector primario en el que trabajaba un número muy considerable de personas también vinculadas a la economía preindustrial (agricultura tradicional). Si bien el porcentaje de trabajadores analfabetos dentro del colectivo de trabajadores industriales era superior en España que en Alemania, la rica tradición de oficio de las ciudades españolas hace suponer que una parte considerable de los obreros del sector secundario español eran poseedores de importantes cualificaciones prácticas de oficio comparables a las de los artesanos y trabajadores de los pequeños talleres tradicionales alemanes de la segunda mitad del siglo XIX. En este sentido se puede decir que el despunte industrializador español de los años 1920 y 30 frustrado por la Guerra Civil, fue similar al que se produjo en Alemania algunas décadas antes. La paulatina capitalización de los sectores tradicionales, el paulatino trasvase de cualificaciones artesanales al sector industrial y el empleo de fuerza de trabajo relativamente cualificada desde el punto de vista de los saberes hacer prácticos, etc., se produjeron en ambos países si bien en momento históricos distintos.

Lo que diferencia el proceso de industrialización español del alemán es la brusca interrupción del proceso «natural» de trasvase de fuerza de trabajo y cualificaciones del sector artesanal a las incipientes industrias, sobre todo metalmecánicas, durante y después de la Guerra Civil (Fernández Steinko, 1995). Es de suponer que el colectivo de obreros industriales sufriera un número proporcionalmente mayor de bajas y fuera objeto de una persecución política especialmente intensa después de la Guerra por su mayor nivel de identificación e implicación política y militar con la República (id.). Si a esto le sumamos la gran cantidad de obreros industriales cualificados que tuvieron que exiliarse como consecuencia de la Guerra (Hills, 1968; Tamames 1973) y aquellos que decidieron voluntariamente abandonar su país con destino a los países latinoamericanos donde se les ofrecían mejores condiciones

de trabajo hasta finales de los años cincuenta (García Fernández, 1965; Temprano, 1981), podemos concluir que la Guerra Civil ocasionó directa o indirectamente un verdadera sangría de fuerza de trabajo cualificada en términos absolutos pero sobre todo y especialmente en términos relativos sobre el total de la fuerza de trabajo industrial cualificada de aquel momento. A esta situación de ausencia o debilitamiento sustancial de la clase obrera industrial hay que sumarle la cultura empresarial y política de la posguerra española que llevó a una considerable infravaloración y reducción del prestigio social del trabajo industrial, así como a un profundo recelo hacia este considerado, con razón, como el bastión social principal de la derrotada II República (Reig Tapia, 1986:238; Salas Larrazábal, 1985:238). La desaparición física del núcleo más cualificado de la clase obrera industrial, la desindustrialización que se produjo en España en la década de los años cuarenta y parte de los cincuenta así como los grandes huecos que dejaron ambos procesos en la estructura social española, se puede considerar la característica más genuina de los mercados de trabajo que sirvieron de base para el posterior proceso de industrialización de los años sesenta.

Esta brusca pérdida de fuerza de trabajo con cualificaciones de oficio que diferencia el proceso de industrialización español incluso del de otros países comparables como Italia <sup>5</sup>, determinó en dos sentidos la evolución socioeconómica posterior. En primer lugar estimuló la utilización masiva de grandes reservas de fuerza de trabajo provenientes del sector primario como fuente casi exclusiva de reclutamiento de trabajadores industriales (2.1). En segundo lugar contribuyó a definir un modelo de producción basado en el empleo de fuerza de trabajo no cualificada con formación puramente práctica y de mera adaptación a procesos productivos específicos (2.2).

### *2.1. Utilización de mercados de trabajo sin tradición industrial*

La urgente demanda de fuerza de trabajo, especialmente de fuerza de trabajo cualificada, que requería la industria española de los años sesenta se cubrió, en consecuencia, movilizando no tanto del sector secundario tradicional —este estaba muy disminuido después de la Guerra Civil y como consecuencia de los proceso migratorios de los años cuarenta y cincuenta— sino incorporando en poco tiempo a la producción industrial ingentes masas de fuerza de trabajo procedentes del sector primario. El llamado «éxodo rural» español no tiene precedentes en Europa. Mientras que, por ejemplo, en Alemania tuvieron que pasar casi 80 años para que la población activa en el

---

<sup>5</sup> La progresiva adaptación y modernización de las cualificaciones de oficio es una de las clases principales del éxito de los distritos industriales del norte de Italia (ver, por ejemplo Piore/Sabel, 1990).

sector primario pasara a representar del 50 % al 25 % de la población activa total, en España esta transición se hizo en veinte años superando incluso los ritmos del «éxodo rural» italiano <sup>6</sup> y desencadenando un proceso de urbanización improvisado y vertiginoso. Si bien esta fuerza de trabajo no poseía cualificaciones industriales, estaba firmemente decidida a huir como fuera de las miserables condiciones sociales y de trabajo que reinaban por aquellas fechas en el campo español.

La incorporación de estas personas al trabajo y las normas de consumo industriales constituía, también en el desarrollismo español, un poderoso factor de movilidad social vertical que contribuyó a estabilizar política— y socialmente el Régimen a pesar de que la cultura organizativa de la empresa española introducía un factor adicional de rudeza a las ya de por sí duras condiciones del trabajo industrial de la época. La fidelidad al «Movimiento», el respeto de las estructuras militarizadas en las grandes empresas y la aceptación de procedimientos paternalistas en las pequeñas y medianas empresas primaban por encima de la profesionalidad y la competencia (Fernández Steinko, 1995) y sólo el proteccionismo hizo posible la supervivencia de un modelo arbitrario e ineficaz. La ausencia de una tradición de oficio así como los bajos niveles salariales del desarrollismo español, provocó que el incentivo dentro de las empresas se redujera, en la mayoría de los casos, a los aspectos puramente económicos y a la seguridad en el empleo (Jané Solá, 1968: 260, Caballero, 1972: 706s.) <sup>7</sup>.

## 2.2. *Desarrollo industrial sin desarrollo de las cualificaciones*

Los elevados ritmos de incorporación de fuerza de trabajo analfabeta o semianalfabeta del sector primario a la industria creó problemas prácticamente inabarcables de generación y actualización de cualificaciones. Así, por ejemplo, los puestos de formación acelerada disponibles en la Barcelona de los años sesenta eran 50 veces menos que el número de adultos no cualificados que anualmente inmigraban a esta provincia (Jané Solá, 1968:252) <sup>8</sup>. Pero un segundo factor, incluso más importante, que explica la apuesta estratégica por un modelo de desarrollo industrial no basado en la cualificación

---

<sup>6</sup> En Italia este proceso tardó un tercio de siglo en producirse (García Delgado/Muñoz Ciudad, 1988:124). En Alemania la transición se produjo entre mediados de las décadas de los años 1870 y 1950 (Geißler, 1992: 22), en España entre comienzos de las décadas de 1950 y 1970 como consecuencia precisamente de la interrupción que sufrió este proceso después de la Guerra Civil.

<sup>7</sup> A diferencia, por ejemplo, de los obreros industriales alemanes para los que los contenidos del trabajo eran en los años sesenta un factor de motivación bastante más importante que el factor económico (Jané Solá, id.).

<sup>8</sup> Ver también CECS, 1993, y Caballero, 1972.

de la fuerza de trabajo es el mencionado recelo de las autoridades hacia el mundo del trabajo, la cultura industrial de la época y el lugar que ocupa el «factor humano» dentro de la tradición social y empresarial de la España franquista (Fernández Steinko, 1994, 1995a). Esto no sólo llevó a la reducción drástica de los niveles de escolarización en comparación con los alcanzados durante la II República (Tortella, 1994:225), sino que, también, a la creación de un sistema educativo basado en una considerable separación entre «inteligencia» y «trabajo» entre los conocimientos teóricos/cultura general y los conocimientos práctico-aplicados/cultura técnica aplicada, que le atribuía más reconocimiento social y académico a los títulos de Bachiller que a los de Formación Profesional (Fernández Enguita, 1993; CECS, 1993). Sólo la situación de extremo subdesarrollo del campo español y, después, el alto desempleo, convierte el trabajo industrial en España en un factor de movilidad social y sólo –también– entre el colectivo de emigrantes de primera generación. En los años setenta, el trabajo industrial se convierte en un punto de llegada, en algunos casos definitivo, para los trabajadores provenientes de la agricultura que no disponen de cualificaciones reconocidas fuera de la empresa en las que habían venido trabajando durante largos años y a los que la crisis económica de los años setenta sorprende prácticamente sin recursos profesionales en el sentido que aquí le hemos dado a esta palabra, es decir, en el sentido de conocimientos reconocidos socialmente y aplicables con virtuosismo a muchos procesos de trabajo distintos.

El retraimiento empresarial y público de la formación profesional reduce la movilidad horizontal de los obreros industriales y liga su trayectoria profesional estrechamente a una sola empresa (ver Pries, 1987). A medida en que los procesos productivos se van haciendo más complejos, el aprendizaje empírico-práctico adquiere incluso muchas veces un carácter autodidacta. Como consecuencia de esta «empresariedad» (idem), la antigüedad y la «propiedad» de los puestos de trabajo se convierte en una característica específica del trabajo industrial español donde, además, la movilidad funcional es menor y los abanicos salariales más pequeños que en las empresas alemanas (Köhler, 1994).

A pesar de que los talleres de las grandes empresas son *formalmente* subordinados a los departamentos técnicos como consecuencia de la progresiva introducción de la «organización científica del trabajo» en España a partir de finales de los años cincuenta, especialmente, en las grandes empresas (Herrero, 1990), el predominio de la pequeña y mediana empresa y de sus métodos paternalistas-preburocráticos, la distancia cultural entre los técnicos medios/superiores y los operarios (Fernández Steinko, 1993) y el «laissez faire» de la empresa industrial española hacia sus trabajadores en lo que se refiere a la (auto)formación y las cualificaciones industriales, aquellos (los talleres) van adquiriendo en el día a día de la producción una cierta *autonomía informal* (Köhler, 1994). El proletariado industrial, –especialmente del sector del

metal— de origen rural que se ve obligado a «autoformarse» y que consigue desarrollar una serie de procedimientos de trabajo con una cierta autonomía informal y que, precisamente o a pesar de ello, tiene una escasa movilidad entre empresas forma, todavía hoy, el núcleo principal del sindicalismo de clase en España (ver Miguélez, 1991).

### 2.3. *La fuerza de trabajo industrial hoy en España*

En la segunda mitad de los años ochenta se han producido cambios fundamentales que afectan a la evolución del trabajo industrial en España.

En primer lugar se ha producido una estabilización del desempleo industrial al nivel más alto de todos los países de la OCDE. Esto ha interrumpido los procesos de incorporación a la industria de fuerza de trabajo de origen rural poco cualificada pero relativamente motivada bloqueando así la capacidad de la industria de canalizar procesos de movilidad social ascendente. El alto desempleo y la formación no reconocida socialmente sólo aplicable a unos procesos de trabajo relativamente específicos ha reforzado la «empresariedad» y el «patrimonialismo» en la defensa de puestos de trabajo por parte de los que han conservado su empleo, sesgando la práctica de las relaciones laborales de forma muy marcada hacia la (comprensible) reivindicación del mantenimiento de puestos de trabajo por encima de todo.

La reducción del empleo ha ido unida, en segundo lugar, a un aumento espectacular de la temporalidad en el trabajo y a un proceso de fuerte segmentación de las condiciones sociolaborales dentro de las empresas industriales (Alvarez Aledo, 1992). Esto crea dos colectivos laborales claramente diferenciados: los que «poseen» un puesto de trabajo y una remuneración que refleja su alta antigüedad en la empresa, y los que se incorporan a las empresas industriales de forma temporal tengan o no más cualificaciones y competencia profesional que el colectivo estable de trabajadores (Fernández Steinko, 1994).

En segundo lugar, la política de apoyo a la enseñanza institucionalizada de la década de los ochenta ha llevado a un considerable aumento del nivel de estudios y de las cualificaciones de la población activa<sup>9</sup>. En pocos años los empresarios españoles se han encontrado con una generación de jóvenes trabajadores dotada de una gran capacidad de adaptación y respuesta a los cambios del entorno, con facultad para aprender rápidamente el manejo de nuevas tecnologías y con pocos prejuicios a la hora de enfrentarse a los segmentos más cualificados y asentados de las plantillas. Los procesos de des-

---

<sup>9</sup> Mientras en 1977 un 17,9 % de la población activa era analfabeta y sólo el 20,1 % tenía estudios medios y superiores, en 1989 los primeros sólo representaban el 11,9 % y los segundos el 48,3 % de la población activa (Prieto 1991: 193).

trucción masiva de empleo y la creación a partir de 1985 de unos 723.000 puestos de trabajo netos, ha significado un espectacular proceso de sustitución de fuerza de trabajo poco formada por trabajadores más cualificados que es considerado único en Europa (Homs, 1991). Este cambio generacional se produjo de forma extremadamente brusca sin tiempo a que se diera una transferencia de conocimientos y saberes prácticos entre los (viejos) colectivos con unos conocimientos adquiridos en el puesto y los jóvenes contratados con una formación más generalista y en muchos casos poco ceñida a la realidad de la producción. El aumento de las cualificaciones se pretende completar con una profunda reforma del sistema educativo y de la formación profesional cuya finalidad, entre otras, es la de revalorizar social— y académicamente el trabajo manual-industrial (CECS, 1994:286ss.).

En una primera aproximación se podrían pensar que en el contexto español de alto desempleo que obliga incluso a personas con altos niveles de cualificaciones y autoestima profesional a aceptar cualesquiera condiciones de trabajo, la mejora de la atractividad de la industria (creación de mejores condiciones contractuales y de trabajo, de organizaciones no taylorizadas, de niveles salariales vinculados al desempeño y la aportación real en el trabajo, etc.) no es un imperativo tan acuciente para la industria española como para la alemana. El encarecimiento de las condiciones de trabajo, sin embargo, choca también en España con el modelo de producción basado en la calidad y la innovación tecnológica. Los desempleados van a aceptar (casi) siempre un empleo en cualesquiera condiciones contractuales y de trabajo, pero en un contexto así nunca van a poder aflorar sus cualificaciones y su motivación de la misma forma como en caso de que la empresa asegure unas condiciones aceptables *a pesar* del elevado índice de desempleo. Un modelo de producción español basado en la calidad y la innovación también puede llegar a competir en costes debido a los menores niveles salariales, pero no puede ser sustituido por otro basado exclusiva— o preferentemente en la competencia en precios en un contexto de una creciente liberalización del comercio internacional. La ausencia, a ciertos niveles de la empresa, de estructuras tayloristas y burocráticas sedimentadas, puede contribuir a revalorizar el trabajo y la cultura industrial en España y hacer de ambos no un mal menor, sino en una forma sólida de estructuración y cohesión macro-microsocial y cultural.

### 3. Algunas conclusiones comparativas

1. La naciente clase obrera industrial española surgida a raíz de los procesos de industrialización de los años veinte y treinta en España, si bien era numéricamente más reducida y aparece históricamente unos cuarenta años después a su surgimiento en Alemania, no tenía características cualitativamente distintas a aquella. Esta fuerza de trabajo provenía en ambos países del

sector artesanal-preindustrial e incorporó sus saberes hacer de oficio, su ética profesional y motivación en el trabajo a los procesos de industrialización.

2. La Guerra Civil Española no sólo interrumpió la dinámica de la industrialización española, sino que, además, llevó a la desaparición de hecho de la clase obrera industrial que se había ido formando a lo largo de las décadas anteriores como consecuencia del compromiso activo de ésta con la derrotada II República Española. En la República Federal de Alemania, a pesar de las bajas de la Segunda Guerra Mundial, no se produjo una desaparición semejante, sino, todo lo contrario: una sobreoferta de fuerza de trabajo cualificada.

3. Común a ambos países es el hecho de que los procesos de industrialización de los años cincuenta, sesenta y setenta se nutrieron en gran parte de la incorporación a la producción y el consumo de fuerza de trabajo proveniente del sector tradicional-preindustrial caracterizado en ambos casos por una alta motivación y predisposición a realizar trabajos de gran dureza. En Alemania una parte importante de estos trabajadores provino del sector tradicional-secundario con tradición, experiencia y cualificaciones de oficio. En España, por contra, la inmensa mayoría lo hizo del sector primario debido a la interrupción de la tradición de oficio que significó la Guerra Civil. En ambos casos, para los nuevos asalariados el trabajo industrial constituyó un factor claro de movilidad social ascendente, si bien en España predominó la motivación económica por encima del prestigio social como consecuencia precisamente de la ausencia de un reconocimiento social del trabajo industrial.

4. La diferencia fundamental en el proceso de industrialización de ambos países radica en el nivel inicial de cualificaciones profesionales de la fuerza de trabajo incorporada a la industria, como sobre todo, del protagonismo que tuvo el trabajo cualificado en los procesos de industrialización. Mientras que en Alemania se apuesta por un sistema de formación inicial y continúa que combina conocimientos teóricos con conocimientos práctico-aplicados sancionados y reconocidos socialmente, en España, la industrialización se lleva a cabo sin el empleo sistemático del trabajo cualificado. Las cualificaciones son eminentemente práctico-instrumentales y se adquieren y son reconocidas sobre todo dentro de la empresa y en relación con los procesos de trabajo en/para las que se han adquirido.

5. Curiosamente, si bien por razones distintas, tanto en Alemania como en España el taylorismo no consigue penetrar en las empresas tal y como sucedió en otros países. Mientras que en Alemania la oferta de mano de obra cualificada frenó la división y parcelación del trabajo en la mayoría de las empresas, en España, el carácter paternalista-preburocrático de las relaciones industriales y la diferencia entre organización formal jerarquizada y organización informal derivada de las diferencias culturales/formativas entre los colectivos dentro de la empresa, también redujo en gran medida la penetra-

ción real y sistemática del taylorismo. Dentro de esta organización informal se crearon, sobre todo en los talleres españoles, espacios de «autoaprendizaje» y «autoorganización» en los que nació en gran parte la cultura obrera de oposición al régimen franquista y el núcleo del sindicalismo moderno español.

6. La reducción de la oferta de mano de obra industrial en Alemania durante los años noventa puede llevar a este país a un cambio en las formas de organización del trabajo y al incremento de la (neo)taylorización si no se toman medidas activas para que aumente la atractividad social del trabajo industrial. En España, si bien el elevado desempleo industrial provoca la aceptación de condiciones de trabajo poco atractivas, la precarización de las condiciones de trabajo y el empleo temporal puede llevar a que la elevación de los niveles generales de cualificación no pueda revertir sobre la mejora y la innovación de productos y procesos.

### Bibliografía

- Alba Ramírez, A.: «Capital humano y competitividad en la economía española: una perspectiva internacional», en: *Papeles de Economía Española*, núm. 56, pp. 131-143.
- Alvarez Aledo: «La difusión de la flexibilidad laboral en España», en: *Relaciones Laborales I*, 1992, pp. 1263-1144.
- Altmann, N./Köhler, Ch./Meil, P.: *Technology and Work in German Industry*, Routledge, Nuev York, Londres, 1992.
- Beck, U.: *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*. Suhrkamp, Frankfurt, 1986.
- Becker, W.: «Die Ausbildung von Maschinenbauarbeitern», en: *Schröter/Becker: Die deutsche Maschinenbauindustrie in der industriellen Revolution*. Akademie Verlag, Berlín, 1962.
- Caballero, J. J.: «Clase obrera y relaciones de trabajo», en: *AA.VV.: La España de los años setenta*. Moneda y Crédito, Madrid, 1972.
- Campo, del, S. (ed.), *Tendencias sociales en España* (3 tomos). BBV, Madrid, 1994.
- Carreras, A.: «La industria: atraso y modernización», en: *Nadal et al.*, 1994, pp. 280-312.
- CECS: España 1993. *Una interpretación de su realidad social*. Fundación Encuentro, Madrid, 1994.
- Fernández Enguita, M.: «Formación profesional», en: del CAMPO (ed.): *Tendencias Sociales en España (1960-1990)*, tomo 3. BBV, Madrid, 1994, pp. 317-335.
- Fernández Steinko, A.: «La competitividad en el sector de maquinaria mecánica: una comparación Alemania-España», en: *Economía Industrial*, núm. 291, 1993, pp. 163-172.
- Fernández Steinko, A.: «Origen y evolución de las relaciones industriales y la cultura empresarial en España», en: *Iztapalapa*, núm. 33, 1994, pp. 143-160.
- Fernández Steinko, A.: «Cualificaciones y clase obrera industrial antes y después de la Guerra Civil», en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 1995 (en vías de publicación).

- Fundación Foessa: *Informe sociológico sobre el cambio social en España 1975-1983*. Euroamérica, Madrid, 1983.
- García Delgado, J. L./Muñoz Ciudad, C.: «La agricultura: cambios estructurales en los últimos decenios», en: J. L. García Delgado: *Economía*. Espasa Calpe, Madrid, pp. 119-152.
- García Fernández, J.: *La emigración exterior de España*. Ariel, Barcelona, 1965.
- Geißler, R.: *Sozialstruktur Deutschlands*. Westdeutscher Verlag, Opladen, 1992.
- Herrero, J. L.: «El papel del estado en la introducción de la OCT», en: *Sociología del Trabajo*, 9, 1990, pp. 40-58.
- Hills, G.: *Franco*. San Martín, Madrid, 1968.
- Homs, O.: «Cualificación y formación en las empresas españolas», en: *Miguélez/Prieto (op. cit.)*, pp. 117-130.
- Huffschmid, J.: «Marktwirtschaft in der Bundesrepublik - Geschichte, Probleme und Perspektiven», en: *AA.VV. Geschichte der Bundesrepublik. Beiträge*. Pahl-Rugenstein, Colonia, 1980, pp. 40-77.
- Jané Solá, J.: *El problema de los salarios en España*. Oikos, Barcelona, 1968.
- Köhler, Ch./Güner, H.: «Foreign Workers-from the Necessary Evil to the Backbone of the Industry? The Case of the West-German Automobile Industry», en: Fijalkowski, J.(ed.): *Transnational Migrants in der Arbeitswelt*. Sigma, Berlín, 1989.
- Köhler, CH.: «¿Existe un modelo de producción español?. Sistemas de trabajo y estructura social en comparación internacional». En vías de publicación en: *Sociología del Trabajo*, 1994.
- Lozano Lejas, C.: *La educación republicana 1931-39*. Universidad de Barcelona, Barcelona, 1980.
- Lutz, B.: *Le mirage de la croissance marchande*. Ed. de la Maison des Sciences de l'Homme, París, 1990.
- Lutz, B.: «Los campesinos y la industrialización», en: *Política y Sociedad* núm. 8, 1991, pp. 71-86.
- Lutz, B.: «Education and Job Hierarchies-Contrasting Evidence from France and Germany», en: *Altmann et al.*, 1992, pp. 26-45.
- Miguélez, F.: «Las organizaciones sindicales», en: *Las relaciones laborales en España*. S.XXI, Madrid, 1991., pp. 213-232.
- Piore, M.J./Sabel, CH.: *La segunda ruptura industrial*. Alianza, Madrid, 1990.
- Pries, L.: «La transformación del trabajo industrial en España y en la RFA», en: *Sociología del Trabajo* núm. 2, 1987/88, pp. 81-99.
- Prieto, C.: «Las prácticas empresariales de gestión de la fuerza de trabajo», en: *Miguélez/Prieto: Las relaciones laborales en España*. S.XXI, Madrid, 1991, pp. 185-210.
- Reig Tapia, A.: *Ideología e historia. Sobre la represión franquista en la Guerra Civil*. Akal, Madrid, 1986.
- Tamames, R.: *La República. La era de Franco*. Alianza, Madrid, 1973.
- Temprano, A.G.: «Cambios demográficos y crecimiento económico en la España desarrollista», en: *Carballo et al.: Crecimiento económico y crisis estructural en España (1959-1980)*. Akal, Madrid, 1981, pp. 195-214.
- Thomas, H.: *La Guerra Civil Española*. Grijalbo, Barcelona, 1979.
- Tortella, G.: *El desarrollo de la España contemporánea*. Alianza, Madrid, 1994.